

# UN DESAFIO PARA HOY

Julio Xavier Labayen

*La teología de la liberación, que nació y creció como un movimiento eclesial latinoamericano, hace tiempo que ha superado esas fronteras para hacerse universal. Ese es el mensaje que intenta y logra comunicar el libro "Vida y Reflexión" publicado por el Centro de Estudios y Publicaciones (C.E.P.) de Lima, en el que varios teólogos y pastoralistas de distintas latitudes participan de las mismas convicciones y vivencias (el libro aparece recensionado en la Sección Libros Nuevos de esta misma Revista).*

*Reproducimos a continuación, con ligeras omisiones, el capítulo donde Mons. Julio Xavier Labayen, Obispo-Prelado de Infantas (Filipinas) describe con candorosa sencillez sus experiencias con las organizaciones populares y las comunidades cristianas de base dentro de su diócesis (N. de la R.)*

Lo más sabio que puede hacer la Iglesia en el mundo de hoy, me parece a mí, es trabajar por la participación popular genuina, tanto en la sociedad civil, como en la Iglesia. Este parece ser el único medio a través del cual podemos encontrar algunas soluciones a los problemas que enfrentamos. Por lo menos es una solución que todavía no hemos probado seriamente, y que tiene el sabor de la paradoja presente a lo largo de toda la Biblia: los últimos serán los primeros.

En otros campos, muchos concuerdan con lo que digo; por ejemplo, los científicos sociales, los que trabajan por el desarrollo y los planificadores de la economía. Pienso que todos hemos tenido una similar conversión a las posibilidades de la participación popular, después de contemplar el fracaso de otros métodos. Después de tantos años de planificación y toma de decisiones desde arriba en el Tercer Mundo, tenemos los mismos problemas inmanejables de siempre: pobreza, injusticia, tortura y estrechez de la vida. En lo esencial, la planificación y toma de decisiones en la Iglesia han tenido lugar también desde arriba, y después de tantos siglos que lleva instalada en Asia, todavía es una minoría de aproximadamente 1 - 2 por ciento, y por ello, una minoría alienada y temerosa. No estamos diciendo que todas las decisiones tomadas en el pasado fueron incorrectas, pero convengamos en que tal sistema de planificación y decisión es infortunadamente inadecuado (simplemente no ha funcionado muy bien) y que la participación popular es una alternativa que vale la pena probar. Cuanto más la examinamos, más ricas aparecen sus posibilidades.

Hay una historia en la Biblia que de algún modo ilustra la paradoja de la participación popular. Yahvéh le dijo a Elías en el Monte Horeb:

"Sal y ponte en el monte ante Yahvé'. Y he aquí que Yahvéh pasaba. Hubo un huracán tan violento que hundía las montañas y quebrantaba las rocas ante Yahvéh; pero no estaba Yahvéh en el huracán. Después del huracán un temblor de tierra; pero no estaba Yahvéh en el temblor. Después del temblor, fuego; pero no estaba Yahvéh en el fuego. Después del fuego, el susurro de una brisa suave. Al oírlo Elías cubrió su rostro con el manto, salió y se puso a la entrada de la cueva" (1 Reyes, 19: 11-13).

La mayoría de los hombres buscan a Yahvéh en el viento poderoso, en el terremoto, en el fuego, que son tradicionalmente los símbolos de lo divino, y también buenos símbolos del poder y de la rectitud de Dios. Pero paradójicamente Dios se encuentra en la brisa suave donde a nadie se le ocurre buscarlo. Hemos buscado nuestras soluciones en el pasado entre los poderosos y los letrados. Esa es nuestra tradición. Pero la sabiduría adecuada no se encontraba allí. Investiguemos

ahora en la brisa suave entre la gente.

Concretamente, cuando hablo de la participación popular quiero decir la discusión, la planificación y la acción que tienen lugar en las organizaciones independientes, democráticas de los trabajadores, campesinos, pobladores, y otras organizaciones populares. Respecto a la Iglesia, me refiero a estas mismas actividades al interior de las Comunidades Cristianas de Base.

## LAS FUENTES

El fundamento para la participación popular es poco evidente en las fuentes cristianas, tales como la Escritura, la tradición, o la práctica eclesial. En el Exodo, por ejemplo, uno de los paradigmas de la teología de la liberación, la gente ordinaria es presentada como muy mediocre. Unos cuantos días en el desierto, y ya abundaban las quejas. No hay ninguna sugerencia de que el "escuchar lo que la gente tiene que decir" puede llevar a algo bueno. Lo mismo vale para el Nuevo Testamento.

Dije "fundamento evidente", ya que los valores básicos que respaldan la participación popular se enfatizan a través de la Biblia: la dignidad humana, la responsabilidad personal, la igualdad, la naturaleza de servicio de la autoridad, para no mencionar sino unos pocos.

Pienso que lo mismo puede hallarse en los documentos de la tradición de la Iglesia. En la *Populorum Progressio*, por ejemplo, que es tal vez uno de los textos más elocuentes de la Iglesia sobre el desarrollo, no existe referencia específica a la participación popular. No hay sugerencias en el sentido de que la gente tenga que organizar sus propios programas de autoayuda y auto-dirección. A pesar de ello, en la misma encíclica hay pasajes sobre la vocación de autodesarrollo (15) y de responsabilidad comunal (17), que se encuentran justa a las puertas de constituirse en un llamado a la participación popular.

El Papa Juan Pablo II, en la *Laborem Exercens*, hace un llamado a la participación de los trabajadores en los procesos de toma de decisiones de la industria. Y en sus viajes a América Latina y a las Filipinas, él ensalzó las organizaciones barriales y de campesinos.

Pero aun así, no pienso que podamos decir que tenemos en la tradición escrita de la Iglesia una exigencia inequívocamente fuerte de organizaciones populares libres. Como lo dice el obispo Claver, tenemos las ideas básicas, seminales, que todavía necesitan ser trabajadas y aplicadas hoy.

¿Por qué no tenemos una exigencia clara e inequívoca al respecto? Un motivo, como lo ha explicado el padre John Carroll en el *Month*, es el hecho de que la Iglesia oficial no

tiene una teoría única del cambio social. A veces parece decir que el cambio debe venir desde abajo, a través de la presión (desde los sindicatos, por ejemplo); mientras que otras veces adopta una suerte de modelo consensual, que es un proceso mediante el cual la gente esclarecida de buena voluntad, de todos los niveles de la sociedad, ve y hace lo que es correcto para el bien común sin lucha ni confrontación. Mientras la teoría del cambio siga indecisa en la Iglesia, su apoyo a la participación popular será tentativo. Otro motivo puede ser la novedad de la proposición: la necesidad de la participación popular sólo ha sido recientemente urgida por científicos sociales y planificadores.

### LA PRAXIS DE LA IGLESIA

La práctica real de la Iglesia a través de los siglos es probablemente la más pobre de todas las fuentes de apoyo para la participación democrática del pueblo. ¿Ha tomado alguna vez la Iglesia la iniciativa de compartir el poder con los católicos ordinarios? Las excepciones se pueden encontrar en toda regla, y todos podemos pensar en un obispo o cura individual, pero ésas son claramente excepciones: la regla se mantiene.

En América Latina, las Comunidades Cristianas de Base sí representan una participación del poder eclesial con los católicos comunes y corrientes — ésa es la esencia misma de las CCB y un punto al cual regresaremos más tarde—; pero ¿fue la Iglesia la que decidió desde su cúpula propagar esas CCB, o fueron ellas un fruto del Espíritu, quien se valió para sus propósitos de unos pocos curas y hermanas aquí y allá y de miles de católicos no atendidos, cuyos grupos fueron después reconocidos como buenos por la Iglesia?

### LA SOCIEDAD CIVIL

Las sociedades civiles, capitalista o comunista, no han sido campeonas de la participación popular genuina, al menos durante nuestros años de vida, por más que se hayan hecho muy expertas en encomiarla. Si me permiten una anécdota personal: recientemente casi me caí de mi silla al escuchar por televisión, cómo un escritor conocido y asesor del Presidente Marcos le decía a cierto público, que los objetivos básicos del régimen eran la participación popular y la democratización de la riqueza. Lo dijo directamente frente a la cámara, con desfachatez sin nombre y sin esbozo alguno de sonrisa, como si fuera la misma verdad de Dios.

Aunque ninguno de los gobiernos que conozco aboga por una participación democrática real, a lo largo y ancho del mundo la gente común está dando pasos para formar sus propias organizaciones.

Para que no parezca que los que abogamos por la participación popular hemos escapado de alguna manera al obscurantismo de la Iglesia y de la sociedad, debo decir que durante muchos años, en mi prelatura y en mi trabajo por el desarrollo, no me cuidé de averiguar lo que la gente pobre sentía o quería. Tenía mis programas y yo pensaba que eran buenos para ella. Sólo cuando fallaron comencé a ver otra posibilidad. No hay mayor presunción en mi crítica abierta de los otros, que la que hay en el alcohólico conocido al advertirle a la gente para que no beba. Pienso que lo mismo puede decirse de los científicos sociales, trabajadores por el desarrollo y planificadores de la economía que mencioné arriba.

Cualquiera que sea la razón por la cual ha llegado uno a sentir la necesidad de la participación popular, una vez que se ha dado cuenta de ello siente como que ha llegado a casa, que ha percibido "la suave brisa", que está en la corriente de un poderoso movimiento cuyo tiempo ha llegado.

### LOS REQUISITOS DE LA PARTICIPACION POPULAR

Al hablar de participación popular, quiero decir que la gente común y corriente en una organización se siente libre y alentada a estudiar los problemas, a pensar acerca de ellos y, discutirlos con sus amigos, a decir lo que piensa en las reunio-

nes, a votar para adoptar una u otra solución y a trabajar luego para convertir su decisión en realidad. No estoy, en un inicio, particularmente preocupado por la motivación que tenga el pueblo. En los primeros momentos del proceso, tal vez lo que busca es su propio interés; pero, a medida que el proceso avanza, pienso que lo veremos convertirse en un "interés más consciente", cosa que es tremendamente cercana a una auténtica preocupación cristiana por el bien común.

Los planificadores y otros encumbrados son escépticos acerca de la capacidad del pueblo para discutir y decidir sobre temas complejos. Más que hablar de esto teóricamente, me gustaría presentar dos ejemplos de toma de decisiones por el pueblo, ambos de las Filipinas e ilustrativos —creo yo— de la capacidad popular para dominar problemas complejos.

A comienzos de la década del 70, Tondo era una zona de invasión, en Manila, de aproximadamente 180.000 personas, que vivían en 100 hectáreas de terreno cerca del puerto. El gobierno quería sacarlos para ampliar el puerto. La gente hacía manifestaciones, el gobierno la amenazaba y molestaba. Era un callejón sin salida. Ya que ningún lado cedía, se buscaron soluciones alternativas. Finalmente ambas partes llegaron a un trato. Aquellas familias que fueran a ser directamente afectadas por la ampliación del puerto, serían reubicadas, pero en un lugar a sólo diez minutos de distancia, donde unos viveros de pescado serían rellenados para acomodarlas. La mayoría se quedaría en Tondo, pero el área sería remodelada, esto es, las casas serían alineadas, las carreteras pavimentadas, los servicios básicos instalados. Esa es la forma como el problema se resolvió, aunque hubo mucho regateo a la hora de los detalles. El plan al cual se llegó está realmente en conformidad total con el pensamiento más avanzado de las Naciones Unidas al respecto.

El pueblo Kalinga de las Montañas Cordillera al Norte de Luzón enfrentaba un problema similar. El gobierno quería instalar represas en su territorio, pero sus aldeas y terrazas cultivadas de arroz quedarían inundadas, y la tribu dispersa de hecho a lo largo de Luzón. La gente rechazó el proyecto. Se opusieron en diferentes formas al plan del gobierno, haciéndole saber por último que pelearían antes que permitir la construcción de represas. Sugirieron que el gobierno repesara otros ríos de las montañas, donde serían afectadas menos personas. Frente a la oposición del pueblo, el gobierno retrocedió y siguió sus sugerencias. Las represas están ahora ubicadas en otro lugar.

En ambos casos el pueblo resistió los intentos para destruir sus organizaciones mediante tentadoras ofertas de reubicación, favores especiales, compra de los dirigentes, amenazas de fuerza, arrestos y aun asesinatos. Y mientras ambos grupos asumían ad extra estas posiciones de fuerza, fortalecían sus comunidades por medio de proyectos de auto-ayuda sociales, económicos y educacionales.

En ambos casos los problemas eran mucho más complejos que los que esas gentes habían tenido que encarar otras veces. Tuvieron que aprender acerca de lagunas de almacenamiento, desagües, tierra disponible en el resto del país, las necesidades de ampliación de un puerto, los costos de recuperación de tierra, las historias de grupos anteriormente reubicados. Tuvieron que pesar los pros y los contras de sus decisiones bajo la amenaza muy real de una rápida expulsión.

Existen otros ejemplos. En Bangkok, trabajadoras en textiles tomaron el control de su fábrica, la administraron con márgenes de ganancia, devolvieron los préstamos bancarios y también pagaron salarios más altos. Tal vez la lección era demasiado clara: la policía acabó por expulsar a las trabajadoras.

Tenemos ejemplos de campesinos administrando su propia producción y cooperativas de mercado, programas de salud paramédicos, programas de vivienda y otros proyectos que en manos del gobierno suelen fracasar o ser muy costosos.

No todos los esfuerzos de la gente tienen éxito y no es mi deseo idealizarlos. Simplemente quiero hacer constatar que el pueblo puede afrontar con éxito problemas complejos. El pueblo puede elaborar planes más sabios, más realizables y más humanos que los elaborados por tecnócratas y planificadores oficiales. Yo pienso que los trabajadores del Primer y Tercer Mundo pueden entenderse en las tareas, si alcanzan a encontrarse y discutir entre ellos. Pienso que la gente común y corriente puede ponerse de acuerdo en cuanto a los aranceles de las distintas mercaderías y otros engorrosos problemas internacionales de comercio. Sobre todo me parece que puede ponerse de acuerdo en cuanto a los medios para traer la paz al mundo.

No puedo imaginarme la forma que podría adoptar al final una sociedad, si la participación popular fuera la norma. Posiblemente sería anarquista, en el buen sentido de los socialistas del Siglo XIX. Pero lo que pasará "al final" no es nuestra preocupación prioritaria. Lo que va a suceder en los próximos diez años, sí lo es.

Normalmente algunas personas de fuera del medio, trabajadores sociales u organizadores, son necesarias para ayudar al pueblo. Creo que esto es lógico, dados los largos años de abandono y opresión. Por desgracia veo que, cada vez más, esos foráneos no sirven genuinamente a los objetivos de la participación popular (la discusión abierta, el debate libre, etc.), sino que imponen a la gente su propia ideología. Digo "por desgracia" porque, cualesquiera sean los logros a corto plazo, la gente pierde la oportunidad de comprometerse en una toma de decisiones responsable, libre y franca, que es a la vez ennoblecedora y al final eminentemente operativa.

No me opongo a las consideraciones ideológicas, porque a fin de cuentas la gente tiene que lidiar con ellas. Sí opino que, para asegurar la equidad y la democracia, que es nuestro último bastión, la gente debería ser informada acerca de las diferentes ideologías, y no sólo de las teorías sino de cómo han sido ellas traducidas de hecho a la realidad en Asia y en otros lugares. No creo que sea correcto, como lo he expresado frecuentemente, pedirle a la gente que camine por cierto camino, sin hablarle de todos los accidentes históricos que han tenido lugar en ese camino.

Siendo tan negativo al admitir ideologías como parte y componente de la organización del pueblo, me encuentro tal vez en minoría entre los que apoyan la acción social en mi propio país. Pero creo que debemos continuar defendiendo fielmente una toma de decisiones responsable e informada, aun si nuestros números son pequeños.

La participación popular funciona como he tratado de mostrarlo brevemente; pero como cristiano no puedo decir que no se pueda ir más allá. La gente cambia por dentro una vez que empieza a tomar sus propias decisiones y a trabajar para llevarlas a término. Yo he visto gran coraje, entrega, sabiduría, generosidad, paciencia y perdón en las organizaciones populares. Harían avergonzar en muchos aspectos a nuestros dirigentes eclesíasticos. Pienso que este crecimiento humano es lo irrenunciable. Sé que las organizaciones a menudo se vuelven burocráticas y corruptas, que los dirigentes fallan y la gente abandona; pero aun así estoy convencido de las grandes posibilidades que tienen hombres y mujeres libres, que deciden y trabajan juntos, posibilidades para una sociedad más ordenada y humana.

Hace unos pocos años un grupo de obispos del Asia, junto con algunos obispos de Canadá, Gran Bretaña, España, Alemania Occidental, Estados Unidos, Francia, Australia y Nueva Zelanda se pronunciaron sobre este tema. Habían visitado varios lugares de Corea, Filipinas y Tailandia, y visto la gran pobreza y los esfuerzos de la gente para organizar y mejorar sus vidas. Aprobaron tales esfuerzos y declararon:

"La promoción de la justicia es parte y componente de la evangelización. Por lo tanto, apoyamos todos los esfuerzos dirigidos a la educación para la justicia que incluyan la

concientización y la organización del pueblo, y apoyamos los esfuerzos que se están haciendo para incorporar a esta tarea las intuiciones del Evangelio, de modo que el trabajo sea verdaderamente liberador y humano, libre de todo lo que pueda violar los derechos y la dignidad humana. Valoremos las iniciativas del pueblo para organizarse en grupos autosuficientes, participantes, que se autogobiernan. Estos grupos harán posible que los pobres cobren conciencia de su situación, se den cuenta de su dignidad y su igualdad humana con cualquiera, al margen de su situación de poder, y les proporcionarán un instrumento con el cual puedan resguardar su derecho" (Documentos FABC, No. 24) (Instituto episcopal para la Acción Social, IV, Manila, 1978).

Esta cita muestra que organizar a la gente no consiste simplemente en establecer una correlación de fuerzas entre uno y otro bloque de poder ni en la lucha de clases. Cuando la Iglesia apoya los esfuerzos de organización, ella espera ver ciertos signos de que el resultado final de la lucha acercará a la gente al tipo de mundo que Dios propone. Organizar debe conducir, por ejemplo, a un crecimiento en la dignidad humana, como lo señalan los obispos. Debe incluir también grandes esfuerzos de educación o concientización. Hay que ayudar al pueblo a ver la naturaleza de los problemas que afronta y sus propias fuerzas. Organizar debería ser realmente un proceso democrático, de modo que el pueblo pueda emerger como dueño de su propio destino e historia. No es la intención de la Iglesia apoyar esfuerzos que hagan pasar al pueblo de una esclavitud a otra. Esta educación debe ayudar a que la gente tenga una posición crítica, con respecto a todos los planes e ideologías que prometen soluciones finales.

Tengo la esperanza de que estas organizaciones populares influirán poco a poco en las decisiones claves que se tomen en el Tercer Mundo. Esto no sucederá rápidamente o de una manera fácil, pero algún día será, Dios lo quiera.

Queda por hacer un tremendo trabajo para formar y moldear estas organizaciones populares. No es suficiente decir: "hay que dejar que la gente decida", "escuchemos lo que dice el pueblo". Ojalá fueran tan fácil como eso, pero el proceso es mucho más difícil. No me preocupa la capacidad de la gente para juzgar materias complicadas, sean éstas económicas o teológicas. Estoy preocupado por los valores más profundos y vivificantes del pueblo. Los pobres del Tercer Mundo están cercanos a los tradicionales valores aldeanos del compartir y de la compasión, y eso nos da esperanza. Pero si los pobres no lo hacen mejor que los ricos y poderosos al escoger los valores a los que darán sus vidas, ¿hay alguna diferencia real si son ellos o los ricos los que toman las decisiones? ¿Para qué entonces estoy pidiendo la participación y toma de decisiones por el pueblo?

Recuerdan las palabras de Ezequiel (36:26): "Quitaré de ustedes el corazón de piedra y les daré un corazón de carne". Esta es mi oración. Los pobres deben pensar acerca de la vida con "un corazón de carne". Deben orar y escuchar a Dios en el silencio, y aprender a considerar la vida en un sentido más profundo y divino de lo que han hecho los ricos y poderosos; de lo contrario, el esfuerzo por las organizaciones populares y las Comunidades Cristianas de Base se desperdicia. Los pobres deben dejar de lado la agenda de los poderosos, y encontrar a través de la oración y de la palabra de Dios un nivel de comprensión totalmente nuevo y más rico, una visión totalmente nueva de la vida; de lo contrario, toda nuestra organización y educación no vale para nada. Si alguien puede hacer esto, es el pobre. Mi oración es que Dios nos quite los corazones de piedra y nos dé corazones de carne.

La Iglesia debería apoyar estas organizaciones populares. Al hacerlo corremos riesgos, pero ¿arriesgamos más que cuando escuchamos las promesas de los políticos? Debemos arriesgar. El organizador perfecto no se va a presentar a las puertas de nuestra Iglesia. El que vendrá será una persona jo-

ven, quizá con una actitud a la vez de amor y de odio hacia la Iglesia. Es gente que habrá estado dentro y fuera de movimientos populares de diferentes tipos. No estaremos de acuerdo tal vez con todas sus ideas o con su forma de vida. No serán tan dóciles como nuestros agentes eclesiales. No serán los muchachos o chicas a los que pediríamos que sirvan como lectores. Pero, si realmente queremos organizar los pobres de una manera democrática, debemos apoyarlos. Podemos discutir con ellos acerca de las estrategias —les gusta eso—, podemos estar en desacuerdo con ellos algunas veces. Pero mientras trabajen fielmente por la libertad del pueblo, debemos respaldarlos.

La relación con las organizaciones populares no será tampoco toda armonía y luz. Debemos recordar que estamos todos tratando de hacer algo que es nuevo, extremadamente difícil y de tremendo valor.

### COMUNIDADES CRISTIANAS DE BASE

Este es tal vez un terreno de discusión más propio de un obispo. He dedicado un buen momento a las organizaciones no confesionales del pueblo, porque siento que podemos comprender los problemas que enfrentan las Comunidades Cristianas de Base más claramente si las contrastamos con las realidades profanas.

Por ejemplo, yo pienso que las Comunidades Cristianas de Base sólo pueden ser consideradas como una posible respuesta a las necesidades de la Iglesia, cuando es claro que los otros medios han fracasado o están en vías de hacerlo. Lo mismo es cierto del campo profano. Nos volvemos a la participación popular cuando se ha visto que fracasa la planificación desde arriba.

En América Latina y Filipinas, un "fracaso" de la Iglesia está ocasionado por el número tan bajo de sacerdotes, lo cual imposibilita un enfoque pastoral conducido por sacerdotes. En las Filipinas, por ejemplo, la proporción de sacerdotes y católicos es cercana a 1: 10,000. Es imposible para un sacerdote en estas circunstancias satisfacer las necesidades de atención de un pueblo católico. La idea de las CCB surge inmediatamente como una alternativa. En la mayoría de los países asiáticos, la proporción de sacerdotes y pueblo católico es mucho mejor, pero los católicos están dispersos en áreas muy extensas y a menudo el sacerdote sólo puede encontrarse con ellos una o dos veces al año, con la misma frecuencia que en las Filipinas.

Hay otras fallas en el enfoque tradicional. Vamos a hablar del Asia. Desde 1970 la Iglesia asiática se ha comprometido con tres objetivos: ser la Iglesia de los pobres, dialogar con las religiones no cristianas, y la inculturación. No creo que muchas personas en la Iglesia asiática sostendrían que nos hemos aproximado significativamente a esos objetivos, con quizás una pocas excepciones aquí y allá. Hemos fallado, creo, por la misma razón que los gobiernos y las grandes agencias de desarrollo han fracasado; es decir, porque nuestras decisiones han sido planificadas en forma centralizada y desde arriba. Los gobiernos y los otros han encontrado las realidades concretas de la gente de abajo demasiado variadas, demasiado densas, para permitir tal planificación. Si un gobierno no puede planificar ni siquiera un sistema de irrigación, por falta de una captación sistemática de las mil peculiaridades en cada comunidad local, ¿cómo va a poder una Iglesia planificar desde arriba la inculturación, un proceso que es mucho más amplio por sus alcances y su objetivo? Nos ocupamos de realidades espirituales, pero estamos sujetos a las mismas leyes sociológicas que los gobiernos. Los hombres de Iglesia del Asia admitimos que no hemos logrado casi nada en el área de la inculturación.

Un segundo paralelismo entre la participación popular en lo secular y lo eclesial consiste en que, una vez que examinamos la participación popular en las Comunidades Cristianas de Base, vemos que tiene dimensiones personales y socia-

les extremadamente ricas. Nuestros católicos del Asia, especialmente nuestros católicos pobres, son leales y sobrios; pero en cuestiones de Iglesia son muy pasivos, demasiado dependientes de los sacerdotes y religiosos en cuanto a ideas e iniciativa, a-críticos de lo que se les dice, irresponsables en el sentido de que no sienten que la Iglesia depende de sus esfuerzos. De muchas formas ellos manifiestan las mismas características de la gente oprimida, por ejemplo tal como son descritas por Paulo Freire en su "Pedagogía del Oprimido". Fomentando la participación popular en las CCB se invertirá el cuadro: la gente se volverá crítica, independiente, activa y adquirirá sentido de responsabilidad en sus acciones y con la Iglesia. Otros tipos de problemas pueden surgir, pero que pueden ser manejados por pastores sabios.

¿Se comportarían las Comunidades Cristianas de Base mejor con respecto a la inculturación? Yo pienso que sí. Vamos a presumir que contamos con estas CCB, donde la gente común se reúne, reza conjuntamente, comparte sus problemas y decide por sí misma lo que el Evangelio le pide. Si estos pequeños grupos fueran conscientes de que la inculturación es lo deseado —y hasta el momento se les ha enseñado lo contrario— pienso que podrían hacer un gran progreso. Ellos conocen a sus vecinos. Ellos saben mejor que cualquier obispo o sacerdote lo que significa ser un hindú, budista o musulmán en su localidad. O podrían fácilmente averiguarlo si se necesitara estudiarlo más. Ellos saben qué signos, gestos, acercamientos por parte de los católicos serían significativos para sus vecinos. Ellos saben, o podrían fácilmente averiguar, lo que sus vecinos valoran o lo que no les gusta en la Iglesia. El diálogo no es un problema, desde el momento que están metidos en él de todas las formas a lo largo del día: sólo necesitaría ampliarse a materias religiosas. Creo que el pequeño grupo de católicos podría inculturarse fácilmente y bien, si se les ayudara a comprender de verdad su propia fe. Los diferentes grupos religiosos podrían encontrarse tan fácilmente como hermanos y hermanas que han sido separados, los unos de los otros, sin culpa alguna de ellos.

También hemos hecho poco para convertirlos en la Iglesia de los pobres. Una pequeña minoría de católicos está trabajando activamente por la justicia y los derechos humanos. Este grupo es pequeño aun en Corea, de acuerdo a los obispos coreanos, aunque ese país tiene una de las mejores historias de acción social en el Asia. La gran mayoría de los católicos del Asia no están comprometidos en este trabajo. El trabajo depende demasiado de los obispos y sacerdotes. Donde están ellos interesados, el trabajo se desarrolla. Donde ellos no están interesados, difícilmente se pone en marcha. Y aun donde los obispos y los sacerdotes están interesados, ellos se encuentran demasiado coartados por otros obispos, Roma, las clases sociales adineradas y otros grupos con intereses particulares en sus propias diócesis. Los obispos y los sacerdotes también son vulnerables, ya que otras instituciones eclesiales tales como escuelas y hospitales los mantienen capturados como si fueran rehenes. Esto es especialmente verdad en las diócesis urbanas más grandes, y menos cierto en las más pequeñas y pobres áreas rurales.

¿Lo harían mejor las Comunidades Cristianas de Base? Aquellas que estuvieran constituidas por gente pobre, sí lo harían, pienso; y ellas son el 80 por ciento de la Iglesia. Estas CCB tendrían acceso a las mismas fuentes de inspiración para el trabajo por la justicia que tienen los obispos, pero sin las mismas restricciones que estos obispos y sacerdotes. Al contrario, tendrían razones personales muy grandes para comprometerse en la acción social, que después de todo es para su propio beneficio. Los Católicos pobres no se comprometen ahora en cuanto católicos porque están pasivos, esperando sólo que los obispos y sacerdotes les hagan señales, que son débiles, si es que se dan alguna vez. Si fueran formados para analizar y escoger por sí mismos, estoy seguro que se comprometerían mucho más en la acción social.

El trabajo para la acción social, en el que los diferentes grupos religiosos podrían encontrarse con valores comunes compartidos, tales como la igualdad de todos, la fraternidad, etc., podría ser el primer paso hacia una completa inculturación.

No estoy diciendo que las CCB compuestas de gente pobre se movilizarán en la acción por la justicia, solamente porque no tienen los obstáculos que cercan a los obispos y a los sacerdotes. Ese sería en alguna forma un análisis superficial de clase social. Ese es sólo un factor. Más importante es ver cómo estas CCB serán capaces de leer e interpretar las Escrituras. Déjenme hacer una cita de un artículo de mi buen amigo el P. Samuel Rayan, "Teología del Tercer Mundo", donde habla de los pobres y la Escritura.

"La Teología del Tercer Mundo requiere que hagamos nuestro el punto de vista de los oprimidos, quienes descubren en la historia y en las Escrituras un Dios que libera y que insiste en la justicia, un Dios que destrona a los poderosos y les da el Reino a los pobres.

Cuando abren la Biblia, los pobres quieren ver allí las cosas de la vida, y en la vida quieren ver las cosas de la Biblia. Comprender la Biblia como un espejo crítico de la realidad, despierta un sentido de búsqueda en la gente. La gente entonces lee la Biblia de una manera diferente. Una lectura militante de ella por parte del Tercer Mundo es saludable al Primer Mundo, que a menudo ha usado el Evangelio para legitimar la explotación. Es también una respuesta a los marxistas, que rechazan el mensaje cristiano como opio del pueblo...

En un sentido verdadero la Biblia es el libro de los pobres. Nació de su experiencia en sus luchas por la liberación. Les pertenece. Ellos tienen una afinidad y empatía con ella. Ellos tienen la sensibilidad para captar el sentido, las imágenes, los símbolos, las celebraciones de las narraciones bíblicas. Las intuiciones e interpretaciones del pueblo pueden enriquecer a los estudiosos y a las Iglesias. Podemos decir que los criterios para la hermenéutica auténtica vienen de los pobres. Ellos son sus lectores privilegiados, y el Tercer Mundo es el lugar privilegiado para la lectura de las Escrituras. Los pobres de tradiciones sin escritura son los oyentes privilegiados, no sólo de la Biblia sino de la buena nueva del Reino, que llega en las luchas y el compromiso por la justicia y la dignidad humana".

En definitiva, podemos esperar que los pobres en las CCB luchan por la justicia, porque son los privilegiados a los ojos de Dios. Cito al Padre Rayan nuevamente, ya que él lo expresa mucho mejor que yo:

"Por cierto no debemos sacralizar la pobreza. Pero en un contexto como el de América Latina o Asia, donde el poder y la riqueza son instrumentos de opresión, aquellos que la sufren sin ser los responsables de ella están cerca de Dios y Dios cerca de ellos. No es la pobreza lo privilegiado, sino los pobres, que son pobres debido a las estructuras y tradiciones de ambición y egoísmo. Dios elige a estas víctimas del pecado, para iniciar una lucha por una nueva sociedad en la cual no habrá más opresión.

La revelación sigue llegando en la vida y las luchas de los pobres de nuestros días. El Tercer Mundo tiene múltiples culturas y experiencias místicas profundas. Dios se mueve allí. Es a los parias de la India a quienes Dios se revela y a quienes comunica su misterio. En la dinámica de la Biblia, aquello que los poderosos de este mundo rechazan, Dios lo elige. Esta es la gracia, que permite a los oprimidos de ayer y de hoy producir la Biblia, contando su propia historia con un sentido de humor, y cantando su propia canción con pasión y gozo. No hay revelación, en religión

alguna o en la historia de cualquier grupo humano, que esté cerrada. El Reino de Dios continúa llegando y capacitando al pueblo por todas partes a seguir respondiendo y expresándose a sí mismo".

Al devolver la interpretación de la Escritura y la toma de decisiones basada en las Escrituras, a los pobres de las CCB, las devolvemos al Señor.

## LAS ORGANIZACIONES POPULARES Y LAS COMUNIDADES CRISTIANAS DE BASE

Los miembros de las CCB deben servir de fermento en las organizaciones populares más amplias. Deben ser la conciencia de la agrupación mayor y hacer que ésta se mantenga fiel a los ideales democráticos y cooperativos y al bien común. Pienso que sería un error hacer de las dos organizaciones una y la misma, con los mismos objetivos. Es concebible que comunidades de base hindúes y CCB puedan tener a sus miembros en una organización campesina más amplia, que recoja su fortaleza de las dos tradiciones.

Yo creo que las CCB como CCB deben ser sobre todo una fuerza religiosa. Las organizaciones no confesionales más amplias deberían cargar con el peso principal del trabajo en pro de la Justicia y una nueva sociedad.

Las Comunidades Cristianas de Base son por naturaleza un concepto revolucionario, ya que literalmente ponen a la Iglesia de cabeza. ¿Las promoverá la Iglesia o tratará de asimilarlas? En Asia se ven signos de asimilación, en ciertos países donde las CCB son tratadas como un programa eclesial más junto con los movimientos carismáticos y por un Mundo Mejor, y no como una estructura totalmente nueva de la Iglesia, en la cual los carismáticos y el movimiento por un Mundo Mejor pueden hallar su lugar. Esto se debe en parte, pienso, al hecho de que las CCB han sido explicadas muy superficialmente. Han sido presentadas como otra forma de renovación parroquial, cuando en realidad son una alternativa totalmente radical a la estructura de parroquia. Si la verdadera naturaleza de las CCB es entendida, pueden resultar una amenaza para ciertos obispos y sacerdotes, quienes las tratarán de remodelar si no pueden directamente rechazarlas. Aun los gobiernos más totalitarios hablan de la participación popular y tienen sus propios organizadores comunales.

Los obispos y sacerdotes tienen un papel que desempeñar en las CCB, pero éste es esencialmente de servicio. El obispo Antonio Fragoso de Brasil, hace poco visitante de las Filipinas, describe este papel como el de acompañar al pueblo. Tal es también la línea pastoral del finado arzobispo Oscar Romero de San Salvador. Significa que el obispo o sacerdote reconoce la posición privilegiada que tienen los pobres en relación a la Palabra de Dios. Ellos están con el pueblo, lo escuchan y aprenden de él, y apoyan sus actividades. Los sacerdotes y obispos son servidores de la verdad para el pueblo, así como servidores de la Eucaristía, y signos de unidad con las otras CCB y la Iglesia universal.

## CONCLUSION

Creo que en la vida de la Iglesia nos encontramos ante una tremenda encrucijada: continuar con las reformas de Vaticano II, que lógicamente conducen a las Comunidades Cristianas de Base, o bien tratar de restaurar otro orden más centralizado. Mi esperanza y oración es que tendremos la sabiduría para ver que Dios no se encuentra en el viento, en el fuego, o en el terremoto, sino en la brisa suave, a la cual, sin demasiada distorsión, pienso que podemos comparar con el movimiento del Espíritu Santo en los pobres y en las Comunidades Cristianas de base.

20 de Octubre 1982.